

montañeses y por las dificultades del terreno, y tenían además que luchar unos con otros más aún que con el enemigo, porque cada cual hacía los mayores esfuerzos para escapar el primero al peligro. Los caballos especialmente desordenaban la marcha, porque se agitaban espantados por los confusos clamores, que los ecos de los bosques y de los valles hacían más terribles aún. Si por casualidad eran golpeados ó heridos, su espanto era tal, que derribaban por todos lados hombres y bagajes. Y como el desfiladero estaba bordeado por dos precipicios escarpados, la agitación de la multitud precipitó en los abismos á muchos hombres armados; pero cuando los caballos mismos rodaban con sus cargas, producían el fragor de un derrumbamiento. A pesar del horror de este espectáculo, Aníbal permaneció por algún tiempo inmóvil con sus fuerzas, temiendo aumentar el terror y la confusión; pero cuando vió á sus tropas cortadas, y que era de temer que el ejército privado de sus equipajes no pudiese realizar el paso sin grandes pérdidas, acudió desde la altura y derribó al enemigo desde el primer choque, pero ocasionando nueva confusión entre los suyos; sin embargo, esta confusión se calmó en seguida, cuando los caminos quedaron libres por la fuga de los montañeses. Entonces el ejército desfiló tranquilamente y casi en silencio. Aníbal se apoderó de un fuerte, llave de aquella comarca, y de todos los caseríos inmediatos; y pudo alimentar su ejército durante tres días con los ganados y el trigo que encontró allí. Como los parajes y los montañeses, sobrecogidos aún por su primera derrota, no le oponían graves obstáculos, adelantó algo durante aquellos tres días.

Llegó en seguida á otra nación demasiado populosa para un país de montañas. Allí estuvo á punto de perecer, no en guerra franca, sino por sus propios ardides, por la perfidia y las emboscadas. Los jefes, que eran

muy ancianos, se le presentaron en embajada diciéndole: «Que la desgracia de los otros era para ellos útil lección; que preferían conocer la amistad á conocer las fuerzas de los cartagineses, que obedecerían las órdenes que se les diesen y que le rogaban aceptase víveres, guías y rehenes como garantía de sus promesas.» Sin creerles ciegamente Aníbal y sin rechazarles, por temor de que la negativa les hiciese enemigos declarados, les contestó atentamente, aceptó los rehenes, los víveres que habían llevado al camino, y siguió á los guías, sin permitir al ejército que marchase en desorden, como se hace entre amigos. Los elefantes y los caballos iban á vanguardia y él mismo marchaba á retaguardia con lo más escogido de la infantería, dirigiendo á todos lados inquietas y atentas miradas. En cuanto llegaron á un camino estrecho, dominado de un lado por alta montaña, saliendo de pronto los bárbaros de una emboscada, por delante, por detrás, de cerca y de lejos atacan á los cartagineses y hacen rodar sobre ellos piedras enormes. Considerable multitud empuja la retaguardia; pero la infantería, que les hace frente, demuestra que si no hubiese estado bien apoyada la retaguardia, el ejército habría experimentado graves pérdidas en aquellas gargantas. Sin embargo, corrió extremo peligro y estuvo á punto de quedar exterminado, porque mientras vacilaba Aníbal en comprometer su infantería en el desfiladero, porque no estaba apoyada por la espalda, como lo estaba la caballería por él mismo, acudieron los montañeses sobre el flanco del ejército, lo cortaron apoderándose del camino, pasando Aníbal una noche entera separado de su caballería y de sus bagajes.

Habiendo aflojado á la mañana siguiente los ataques de los bárbaros, reuniéronse las tropas y franquearon el desfiladero, aunque con algunas pérdidas, más de animales que de hombres. En lo sucesivo, solamente en

pequeños grupos se presentaron los montañeses, como ladrones antes que como enemigos, en tanto á la cabeza, en tanto á la cola del ejército, según que los accidentes del terreno, los retrasados ó las avanzadas les proporcionaban ocasión. Los elefantes marchaban lentamente por caminos estrechos y escarpados; pero su presencia ponía los soldados á cubierto del enemigo, que temía acercarse demasiado á aquellos animales desconocidos. En el noveno día llegaron á la cumbre de los Alpes, después de haber pasado por caminos que no estaban abiertos y habiéndose extraviado frecuentemente, bien por la perfidia de los guías, bien por las falsas conjeturas de los cartagineses, que impulsados algunas veces por la desconfianza, penetraban en valles sin salida. Detuviéronse dos días en aquellas alturas para que descansasen los soldados fatigados por las marchas y los combates; algunas bestias de carga que habían rodado por las rocas, llegaron al campamento, siguiendo las huellas del ejército. Abrumados ya por tantos sufrimientos, la caída de la nieve, en el momento de ocultarse las pléyades, vino á aumentar su consternación. Cubierta estaba ya la tierra, cuando á las primeras luces del día se pusieron en movimiento las enseñas. El ejército avanzaba lentamente y el abatimiento y desesperación se reflejaba en todos los semblantes. Entonces Aníbal, marchando á la cabeza, manda detenerse á sus soldados sobre una eminencia, desde la que se extendía á lo lejos la vista y desde allí les muestra la Italia y las llanuras bañadas por el Pó al pie de los Alpes: «Estáis escalando, dijo, las murallas de Italia y hasta las de Roma; el resto del camino será llano y fácil; uno ó dos combates á lo sumo pondrán en mi poder el baluarte y la capital de Italia.» El ejército continuó su marcha, sin que el enemigo intentase otra cosa que ligeros robos, fáciles por la ocasión. Por lo demás, el des-

censo fué mucho más penoso que la subida, porque la pendiente de los Alpes, siendo más corta por la parte de Italia, es por lo mismo más rápida: el camino casi todo estaba á pico, y era estrecho y resbaladizo, de tal manera que era imposible no caer. Los que resbalaban por poco que fuese, ni siquiera quedaban en el punto en que caían, sino que hombres y caballos rodaban en montón al abismo.

Llegaron al fin á una roca tan estrecha y de tal manera pendiente, que el soldado sin armas y sin bagaje, tentando y suspendiéndose con las manos á las malezas y raíces que aparecían aquí y allá, experimentaba grandísima dificultad para bajar. Aquel paraje, muy escarpado por sí mismo, reciente derrumbamiento lo había convertido en un precipicio de mil pies de profundidad. La caballería se detuvo como si el camino terminase allí; y cuando Aníbal preguntó la causa de aquel retraso, le contestaron que la roca era infranqueable; adelantóse para reconocer el terreno y vió claramente que era necesario describir extenso rodeo por parajes cerrados, donde jamás se había posado la planta humana. Pero este camino también fué impracticable. Como la nieve antigua endurecida estaba renovada por una capa nueva no muy espesa, el pie se apoyaba bien sobre esta nieve blanda y poco profunda; pero cuando quedó derretida por las pisadas de tantos hombres y caballos, solamente podían marchar sobre el hielo descubierto y sobre el líquido fango de la nieve fundente. Entonces se entabló terrible lucha contra el hielo, en el que no podían asegurar las pisadas, y contra la rápida pendiente, en la que resbalaba el pie á cada momento. Cuando se levantaban, con ayuda de manos y rodillas, faltándoles estos apoyos volyían á caer, no encontrando en ningún lado troncos ni raíces á que poder asirse con pies ó manos; rodeando entonces so-

bre el duro hielo ó la nieve derretida. Las bestias de carga penetraban algunas veces hasta la nieve interior, resbalaban en seguida, y en sus violentos esfuerzos para asegurarse, sus cascos rompían el hielo, quedando algunas veces como clavadas y cogidas en un lazo en aquella nieve endurecida y profundamente helada.

Después de muchas fatigas inútiles para hombres y caballos, acamparon al fin en la cumbre de la montaña, limpiándola para ello con muchísimo trabajo; tanta nieve tuvieron que levantar y arrojar. En seguida, como para hacer practicable la roca, que era la única que presentaba paso posible, tenían los soldados que tallarla, cortaron en derredor árboles enormes, despojándolos del ramaje, y los amontonaron en forma de pira; pusieronle fuego en el acto, favorecidos por fuerte viento que avivaba la llama y vertieron vinagre sobre la piedra abrasada para disolverla. Calcinada de esta manera la piedra, labraronla con el hierro, y con ligeros circuitos suavizaron la pendiente, de manera que pudiesen bajar con facilidad las bestias de carga y hasta los elefantes. Cuatro días pasaron en aquel paraje, y los caballos estuvieron á punto de morir de hambre, porque las alturas están casi completamente desnudas y los pocos pastos que se encuentran en ellas están sepultados en la nieve. Los puntos inferiores tienen valles, colinas expuestas al sol, arroyos entre los bosques y parajes más dignos de que los habite el hombre. En estos puntos hicieron pastar á los caballos y dieron tres días de descanso á los hombres fatigados por los trabajos de la montaña. Al fin descendieron á la llanura, donde todo se dulcificó, el terreno y el carácter de los habitantes.

Tales fueron los principales accidentes de aquella marcha de Aníbal, que en cinco meses pasó de Cartagena á Italia, según dicen algunos autores, habiendo

empleado quince días en atravesar los Alpes. Los historiadores no están de acuerdo acerca del número de tropas que tenía en aquel momento (1). Los que las hacen subir más, le dan cien mil infantes y veinte mil caballos; los que le dan menos, veinte mil hombres de á pie y seis mil de á caballo. Para mí sería decisiva la autoridad de Cincio Alimento, que dice haber sido prisionero de Aníbal, si no confundiese los nombres, añadiendo galos y ligurios. Contando á éstos, entraron en Italia ochenta mil infantes y diez mil caballos (es probable que este número resultase de alguna reunión y así opinan algunos autores). Por lo demás, Cincio pretende haber oído decir á Aníbal que desde el paso del Ródano hasta su llegada á Italia, había perdido treinta y seis mil hombres, además de considerable número de caballos y otras bestias de carga en el territorio de los taurinios, pueblo vecino de los galos. Como todos los autores concuerdan en esto, me asombra más la inseguridad en que están acerca del punto por donde pasó Aníbal los Alpes, y la opinión general que le hace pasar por los Alpes Peninos, que por esta circunstancia

(1) Polibio, tan exacto en los detalles, da los siguientes números, tomados de la tabla laciniada. Aníbal pasó el Ebro á la cabeza de noventa mil hombres de infantería y doce mil de caballería. Dejó á Hannón diez mil infantes y mil caballos, y envió igual número á sus casas, quedándole setenta mil hombres de una clase y diez mil de la otra. La sumisión de los territorios situados entre el Ebro y los Pirineos, le costó mucha gente, y después de atravesar las montañas, solamente tenía cincuenta mil infantes y nueve mil caballos. Cruzado el Ródano quedó reducido este número á treinta y ocho mil infantes y poco más de ocho mil caballos. En fin, en el paso de los Alpes perdió cerca de la mitad de sus tropas, y al descender á las llanuras de la Galia Cisalpina solamente le quedaban veinte mil hombres de infantería, de los cuales eran doce mil africanos, ocho mil españoles y seis mil de caballería. Con tan reducido ejército emprendió la conquista de Italia.

tienen su nombre. Celio pretende que Anibal siguió el monte de Cremona; ahora bien; estos dos desfiladeros no le hubiesen llevado, no al territorio de los taurinos, sino al de los galos líbicos, por los montes Salacos. No es verosímil que pudiese haber ganado la Galia Cisalpina, porque todos los caminos que conducen á los Alpes Peninos hubiesen estado cerrados por pueblos semigermanos. Además, prueba cierta para los que participan de esta opinión, es que los veragros, habitantes de estas montañas, no recuerdan que recibieran su nombre del paso de cartagineses, sino de un dios que se adoraba en la cumbre, al que los montañeses llaman Penino.

Anibal encontró oportunamente desde el primer momento á los taurinos en guerra con sus vecinos los inebrios; pero no podía ofrecer á ninguno de los dos partidos su ejército, que en los primeros momentos de descanso, experimentaba con mayor violencia los males que había soportado. El tránsito del cansancio al reposo, de la escasez á la abundancia, de la suciedad más repugnante al aseo, puso á prueba de distinta manera á todos aquellos hombres desfigurados y casi semejantes á salvajes. Este fué el motivo que decidió al cónsul Publio Cornelio, cuando desembarcó en Pisa y recibió de Mandulio y Atilio el ejército de bisoños, intimidados aún por reciente ignominia, á marchar rápidamente hacia el Pó, para dar batalla al enemigo antes de que tuviese tiempo para rehacerse. Pero cuando el cónsul llegó á Plasencia, Anibal había decampado ya y tomado por asalto la capital de los taurinos, que no había querido aceptar su alianza; y hubiese arrastrado por miedo ó afecto á los galos ribereños del Pó, si mientras acechaban el momento de una defección, no les hubiera detenido la repentina llegada del cónsul. Entonces dejó Anibal el territorio de los taurinos, persuadido de que su presen-

sencia sublevaria á los galos vacilantes aún. Casi á la vista se encontraban ya los dos ejércitos, y los dos generales, sin conocerse bien aún, experimentaban sin embargo cierta admiración recíproca. El nombre de Anibal era ya célebre entre los romanos, hasta antes de la caída de Sagunto, y Anibal consideraba á Escipión como hombre superior, porque le habían elegido especialmente para combatirlo. Esta mutua estimación les habían aumentado, Escipión viniendo á buscar en Italia á Anibal, que se le había escapado en la Galia; Anibal formando el atrevido proyecto de atravesar los Alpes y ejecutándolo. Escipión se apresuró á pasar el primero el Pó y llevó su campamento á orillas del Tiberino; pero antes de formar su ejército en batalla, le exhortó con la siguiente arenga:

«Soldados: si llevase al combate el ejército que tenía en la Galia, me habría abstenido de hablar. ¿A qué exhortar á aquellos jinetes que tan gloriosamente vencieron á la caballería enemiga en las orillas del Ródano, ó á aquellas legiones, con las cuales, persiguiendo á ese enemigo que huía delante de nosotros, pude por lo menos considerar como victoria y por confesión de su derrotada su negativa al combate? Mas como aquel ejército, alistado para España, hace allí actualmente la guerra bajo mis auspicios, con mi hermano Cn. Escipión; según las órdenes del Senado y del pueblo romano, para que os llevase un cónsul contra Anibal y los cartagineses, he venido voluntariamente á ofrecerme á este combate. Un general nuevo debe dirigir algunas palabras á sus nuevos soldados. No debéis ignorar la guerra ni los enemigos que os esperan: sabed, pues, ¡oh soldados! que vais á combatir con enemigos que habéis vencido por mar y tierra en la guerra anterior; que durante veinte años han sido tributarios vuestros y á los que habéis arrebatado la Sicilia y la Cerdeña, que poseéis aún co-

mo trofeos de vuestras victorias. En este combate podréis tener por consiguiente unos y otros el ánimo que de ordinario tienen vencedores y vencidos. No es el valor, sino la necesidad la que actualmente les impulsa á combatir, á menos que imaginéis que un ejército que rehuyó el combate cuando se encontraba completo aún, tenga hoy más esperanza después de haber perdido la mitad de su infantería y de su caballería en el paso de los Alpes, y cuando el número de muertos casi es mayor que el de supervivientes. ¿Pero quizás, siendo tan pocos en número, gozan de tanto vigor de ánimo y de cuerpo, que casi no hay fuerza capaz de resistirles? Nada de esto, soldados: son fantasmas, sombra de hombres, cuerpos extenuados por el hambre, el frío, la suciedad más repugnante; contusos y debilitados entre las rocas, con las articulaciones heladas, rígidos los nervios por la nieve, y paralizados los miembros por el hielo, sus armas están dislocadas y rotas, sus caballos cojos y sin fuerzas. Estas son la caballería y la infantería con que vais á combatir; esos son los últimos restos de un ejército: el ejército no existe ya. Lo que más temo es que después del combate parezca que los Alpes y no vosotros han vencido á Aníbal. Pero tal vez convenía que los dioses mismos entablasen y decidiesen la guerra sin la intervención de los hombres, contra un general y un pueblo violadores de los tratados, y que nosotros, que hemos sido ultrajados los segundos, termináremos la venganza comenzada.

»No temo que nadie crea que uso lenguaje altivo para alentaros, ocultando en mi pecho sentimientos muy opuestos. Libre era para marchar con mi ejército á mi provincia de España, para la que me encontraba ya en camino, donde al menos hubiese encontrado á mi hermano que se asociase á mis proyectos y compartiese mis peligros, á Asdrúbal por adversario en vez de Aní-

bal, y sin duda alguna guerra menos peligrosa. Sin embargo, cuando nuestras naves costeaban la Galia, á la noticia de la llegada de este nuevo enemigo desembarqué, envié delante la caballería y marché hacia el Ródano. En un combate de caballería, única parte de mis tropas que tuvo ocasión de pelear, derroté á los cartagineses; pero como su infantería me esquivaba con la rapidez de una derrota, y me era imposible alcanzarla, embarquéme de nuevo, y con toda la ligereza que me permitía tan largo circuito de tierra y de mar, he venido á su encuentro al pie de los Alpes. Ahora bien: ¿parece que me he lanzado sin saberlo delante de un enemigo formidable, cuando procuraba evitarlo, ó que corro tras sus huellas, le hostigo y arrastro al combate? Tengo curiosidad por saber si, después de veinte años, la tierra ha producido de pronto otros cartagineses, ó si son los mismos que combatieron en las islas Egatas, y que dejasteis en libertad en el monte Erice mediante diez y ocho dineros por cabeza (1); si ese Aníbal es como pretende, émulo de los viajes de Hércules, ó bien el vasallo, el tributario y el esclavo del pueblo romano, como le dejó su padre; ese Aníbal, que si no estuviese enloquecido por el crimen de Sagunto, recordaría seguramente, si no el rebajamiento de su patria, al menos el de su casa, el de su padre y aquellos tratados escritos por la mano de Amílcar, que, por orden de nuestro cónsul, dejó el monte Erice, soportó, con despecho, las condiciones impuestas á los cartagineses vencidos y consintió la cesión de la Sicilia y el pago de un tributo al pueblo romano. Por esta razón quisiera, ¡oh soldados! que ahora no mostraseis solamente el valor que desplegáis contra vuestros enemigos ordinarios, sino tam-

(1) Probablemente alude á los prisioneros que los cartagineses tuvieron que rescatar según las condiciones del tratado concluido con Lutacio.

bién indignación y cólera, como si vieséis á vuestros esclavos tomar de pronto las armas contra vosotros. En nuestro poder estaba conservar los prisioneros sobre el monte Ericce, y dejarles perecer allí por medio del suplicio más espantoso, el hambre; podíamos llevar á África nuestra flota victoriosa, y sin combatir, destruir á Cartago en pocos días. Les concedimos la gracia que imploraron, dejamos de sitiarles, ajustamos la paz con los vencidos; en fin, les tomamos bajo nuestra tutela, cuando se encontraban estrechados por la guerra de África (1). En agradecimiento de estos beneficios vienen en pos de un joven loco á atacar nuestra patria; ¡Y pluguiese á los dioses que en esta lucha estuviese como prometido vuestro honor y no vuestra salvación! Pero hoy no se trata, como en otro tiempo, de la posesión de la Sicilia y de la Cerdeña, sino de la Italia misma; y no queda otro ejército para detener al enemigo si no alcanzamos la victoria, ni otros Alpes, cuyo paso, retrasándose, nos diese tiempo para preparar nuevas fuerzas; es necesario hacer frente aquí, como si combatiésemos delante de las murallas de Roma. Que cada cual se persuada que no defiende su cuerpo, sino á su esposa y á sus hijos; y que sin ocuparse solamente de su familia, piense también que el Senado y el pueblo romano tienen la mirada fija en nosotros en este momento, y que nuestra energía y nuestro valor

(1) En efecto, los romanos socorrieron á los cartagineses en la guerra de los mercenarios, permitiéndoles hacer levas en Italia, cosa terminantemente prohibida por los tratados, y abastecerse entre los aliados. Enviaron también legados para reconciliar los dos partidos, y se negaron á reconocer la ciudad de África que se habían declarado por ellos. Pero P. Escipión no habla de la manera cómo se pagaron por sí mismos más adelante, cuando pasó el primer arranque de generosidad, ni de la perfidia más que púnica que usaron con sus protegidos para que los entregasen la Cerdeña.

decidirán de la suerte de la ciudad y del imperio romano.

Así habló el cónsul á los romanos. Aníbal, queriendo animar á los suyos con hechos y no con palabras, formó su ejército en círculo como para un espectáculo; en seguida mandó traer á los prisioneros montañeses, á cuyos pies arrojaron armas, y un intérprete les preguntó si, mediante la libertad, armas y un caballo para el vencedor, estarían dispuestos á combatir unos con otros. Como todos pedían armas y el combate, y hubo que sortearles, cada cual rogaba á la fortuna le eligiese. Á medida que se pronunciaban sus nombres, orgullosos, ebrios de alegría, en medio de las felicitaciones de sus compañeros, corrieron á apoderarse de las armas, saltando á la manera de su país; y durante el combate, tal era la disposición de los ánimos, no solamente entre los prisioneros, sino también entre los espectadores, que los vencedores no excitaban más admiración que la gloriosa muerte de los vencidos.

Después de impresionarles con el espectáculo de algunos combates de este género, mandó retirarse á los soldados; en seguida les reunió otra vez, y según dicen, les habló de esta manera: «Si consideráis vuestra posición con igual ánimo que contemplasteis hace poco la fortuna ajena, venceremos, ¡oh soldados! porque no habéis presenciado solamente un espectáculo, sino en cierta manera la imagen de vuestra situación: y ni siquiera sé si los lazos y necesidades que os aprietan son más fuertes que los de vuestros cautivos. A derecha é izquierda os encierran dos mares y no tenéis ni una nave para huir; delante de vosotros corre el Pó, más ancho y rápido que el Ródano; y detrás se alzan los Alpes, que con tanto trabajo hemos atravesado cuando nuestro ejército estaba completo y robusto. Necesario es, soldados, vencer ó morir en el primer encuentro; pero la

misma fortuna que os impone la necesidad de combatir, promete á vuestra victoria tales recompensas que jamás las piden mayores los deseos de los hombres á los dioses inmortales. Aunque solamente hubiésemos de recobrar por nuestro valor la Sicilia y la Cerdeña, arrebatadas á nuestros padres, el resultado sería ya bastante hermoso; pero cuanto lo que los romanos han adquirido y acumulado por medio de tantos triunfos, pasará á vuestras manos y también los poseedores. Por tan rico botín, adelante, empuñad las armas bajo los auspicios de los dioses. Por mucho tiempo perseguisteis rebaños en los montes de la Lusitania y de la Celtiberia sin conseguir recompensa alguna por vuestros trabajos y peligros; tiempo es ya de hacer una guerra más fructuosa y más rica y de recoger digno premio de vuestra labor, después de recorrer tan largo camino á través de tantas montañas, de tantos ríos y de tantas naciones armadas. Aquí ha puesto la fortuna el término á vuestros trabajos, aquí os destina una recompensa digna de vuestros largos servicios. No midáis la dificultad de la victoria por la grandeza de la guerra. Frecuentemente un enemigo despreciado ha librado terribles batallas; frecuentemente también reyes y naciones célebres han quedado vencidos en el primer choque. ¿En qué se os pueden comparar los romanos si los quitáis el brillo de su nombre? No hablando de aquella guerra de veinte años, que sostuvisteis con tanta fortuna y valor; desde las columnas de Hércules, desde las orillas del Océano, desde los confines del mundo, habéis venido hasta aquí como vencedores á través de las rudas poblaciones de la España y de la Galia; y vais á combatir con un ejército bisono, que este mismo estío ha sido derrotado, deshecho, sitiado por los galos, que todavía es desconocido para su jefe, á quien él tampoco conoce. Y yo, nacido ó por lo menos criado en la tienda

de mi padre, aquel famoso general; yo, el conquistador de la España y de la Galia; yo, el vencedor de los pueblos alpinos, y lo que es mucho más, de los mismos Alpes, ¿habré de compararme con un general de seis meses, desertor de su ejército, y que, si los romanos y los cartagineses se presentan delante de él sin enseñas, seguro estoy de que no podría conocer el ejército de que es cónsul? Y no considero pequeña ventaja, ¡oh soldados! que todos vosotros hayáis presenciado mis hazañas, pudiendo yo recordar á cada uno los rasgos de su valor que he presenciado, el momento y el lugar donde ocurrieron. Con tales soldados, pues, mil veces alabados y recompensados por mí, el que fué vuestro discípulo antes que vuestro general, va á marchar al combate contra un ejército y un capitán que se desconocen mutuamente.

»Hacia cualquier punto que mire, veo el valor y la fuerza; aquí mis veteranos peones, allí los jinetes de dos pueblos valerosos; los que se sirven del freno y los que montan caballos libres: de una parte mis valientes y fieles aliados y de la otra mis cartagineses dispuestos á combatir á la vez por la patria y por justa venganza. Nosotros somos los que traemos la guerra y ostentamos en Italia nuestras enseñas amenazadoras; y nuestro valor y nuestra audacia serán tanto mayores, cuanto que la agresión, antes que por la resistencia excitan nuestra esperanza y valor. Animán además nuestros corazones el resentimiento é indignos ultrajes del enemigo. ¿No pidieron como víctimas, primeramente á mí, vuestro general, y después á cuantos sitiasteis á Sagunto? Una vez en sus manos nos hubiesen entregado á los suplicios más espantosos. Nación orgullosa y cruel, que todo quiere invadirlo y gobernarlo, que pretende señalarnos nuestros amigos y enemigos, que nos estrecha y encierra entre montañas y ríos, que nos prohíbe

atravesar, mientras que ella misma no respeta los límites que se ha impuesto. «No paséis el Ebro, no inquietéis á Sagunto.—Pero Sagunto está aqueñde el Ebro.—No deis un paso más.»—¿Es poco haberme arrebatado mis antiguas provincias de Sicilia y Cerdeña, me arrebatáis también la España? Y si la abandono, iréis al Africa. ¿Qué digo iréis? ¿No han sido enviados ya los dos cónsules de este ejército, el uno al Africa y el otro á España? En ninguna parte poseemos nada, sino por el derecho de las armas. Pueden ser tímidos y cobardes los que tienen recursos á la espalda, que, huyendo por país seguro y amigo, encuentran asilo en sus campos, en su patria. Pero vosotros necesitáis ser valientes, encerrar vuestro destino entre la victoria y la muerte; vencer, ó si la fortuna os abandona, buscar la muerte en el combate antes que en la fuga. Si esta idea se fija bien en vuestros ánimos, os lo repito, sois vencedores: jamás darán los dioses á los hombres móvil más poderoso para vencer.»

Cuando por ambas partes se enardeció con estas arengas el ánimo de los soldados, los romanos arrojaron un puente sobre el Tesino, construyendo un fuerte para defenderlo. Mientras se ocupaban en este trabajo, Aníbal envió á Maharbal con quinientos jinetes nómadas á talar los campos de los aliados de Roma, recomendándole especialmente que respetase á los galos é indujese á los jefes á la rebelión. Terminado el puente, pasó el ejército romano al territorio de los insubrios, estableciéndose á cinco millas de Victumvia; esto esperaba Aníbal. Llamó apresuradamente á Maharbal y sus jinetes, y persuadido de que, al aproximarse el combate, nunca diría bastante á sus soldados para inflammarles, les expuso las recompensas por cuya esperanza iban á pelear. «Daríales tierras en Italia, en Africa, en España, donde las quisieran, con inmunidad completa

para el donatario y sus hijos; si alguno prefería dinero á terrenos, le complacería; los aliados que quisieran ser ciudadanos de Cartago podrían serlo: en cuanto á los que quisieran regresar á su patria, procuraría que no tuviesen que desear el cambio de su fortuna por la de ningún conciudadano suyo. Promete la libertad á los esclavos que han seguido á sus amos, y á los amos, dos esclavos por uno. Y para que considerasen sagradas estas promesas, cogiendo un cordero con la mano izquierda y con la derecha una piedra, pidió á Júpiter y á los demás dioses que le inmolasen, si faltaba á su palabra, como él inmolaba aquel cordero, y diciendo esto rompió con la piedra la cabeza á la víctima. Entonces, considerando todos á los dioses como garantes de sus esperanzas y teniendo presente que lo único que podía retrasar su cumplimiento era el aplazamiento del combate, á una sola voz y con unánime brío piden la pelea.

Lejos estaban los romanos de experimentar igual ardimiento; nuevos prodigios habían aumentado su primer terror, porque había penetrado un lobo en el campamento, y después de dilacerar á cuantos había encontrado, había escapado ileso. En un árbol que cubría la tienda del general había posado un ejambre de abejas (1). Después de los sacrificios expiatorios, Esci-

(1) Considerábase como mal presagio que se posase un ejambre de abejas sobre las águilas ú otros estandartes, sobre un árbol, en el Foro, en el campo, en los techos de las casas ó de los templos. Sin embargo, había oposiciones contrarias, como se ve en Plinio: "Suspendidas en racimos en las casas ó en los templos, las abejas forman presagios privados ó públicos, comprobados frecuentemente por grandes acontecimientos. Posáronse en la boca de Platón siendo niño, anunciando la dulzura de su admirable elocuencia. Posáronse también en el campamento de Druso, cuando combatió con tanta fortuna cerca de Arbalón; esto contradice la doctrina de los arúspices, que opinan que tal presagio es siempre funesto..."



pión con su caballería y corto grupo de arqueros avanzó hacia el campamento de los enemigos para observar de cerca el número y cualidades de sus tropas, y encontró á Aníbal, que venía también con su caballería á reconocer el terreno. Al principio no se veían los dos bandos, pero muy pronto densa nube de polvo que se alzaba por la marcha de tantos hombres y caballos, anunció la aproximación de los enemigos. Los dos bandos hicieron alto y se prepararon al combate. Escipión colocó al frente los arqueros y los jinetes galos, dejando en reserva á los romanos y aliados más valientes. Aníbal colocó en el centro los caballos embridados y robusteció las alas con los númidas. Al primer grito los arqueros huyeron hacia la reserva que formaba la segunda línea. El combate de la caballería permaneció incierto por algún tiempo. Pero como los infantes estorbaban á los caballos, con los que estaban mezclados, habiendo perdido la silla ó saltado á tierra la mayor parte de los jinetes cuando vieron á sus compañeros envueltos, el combate casi se trocó en lucha de infantería; de pronto los númidas, colocados en las dos alas, y que poco á poco se habían extendido en semicírculo, se presentaron en la retaguardia. Al verles, sobrecogió el terror á los romanos, aumentándolo una herida del cónsul á quien salvó el valor de su hijo, apenas en la edad de la pubertad. Este joven debía alcanzar la gloria de terminar esta guerra, y merecer el sobrenombre de Africano por su espléndida victoria sobre Aníbal y los cartagineses. La fuga á la desbandada solamente la emprendieron los arqueros, sobre quienes cayeron primeramente los númidas. El resto de la caballería recibió al cónsul en sus filas, y cubriéndole, no solamente con sus armas, sino que también con sus cuerpos, le llevó al campamento sin tumulto ni desorden. Celio atribuye á un esclavo ligurio el honor de ha-

ber salvado al cónsul; por mi parte prefiero atribuirlo á su hijo, como lo hacen la mayor parte de los historiadores y lo confirma la fama.

Este fué el primer combate con Aníbal, combate que demostró la superioridad de la caballería cartaginesa, y que, por consiguiente, las llanuras descubiertas, como las que se extienden entre el Pó y los Alpes, no convenían á los romanos para hacer la guerra. Así, pues, á la noche siguiente, habiendo mandado el cónsul recoger los bagajes, dejaron las orillas del Tesino y marcharon rápidamente hacia el Pó, con objeto de que por el puente que habían construído y que todavía no habían roto, pudiese pasar sin tumulto el ejército y sin que le inquietase el enemigo. Antes de que Aníbal conociese positivamente su partida de las orillas del Tesino, llegaron á Placencia; pero se apoderó de cerca de seiscientos retrasados que emplearon demasiado tiempo en desamarrar las balsas en la otra orilla, aunque no pudo pasar el puente, que, una vez roto en sus extremos, fué arrastrado por la corriente. Asegura Celio que Magón pasó en el acto el río á nado con la caballería y la infantería española; y que el mismo Aníbal hizo pasar su ejército por vados situados más arriba, habiendo aliñado los elefantes de modo que contuviesen la impetuosidad de la corriente. Difícilmente creen este relato los que conocen aquel río; porque no es verosímil que pudiese la caballería, sin perder armas ni caballos, vencer la violencia del agua aunque todos los españoles hubiesen pasado sobre odres inflados; y hubiese sido necesario describir un rodeo de muchos días de camino para encontrar vados por los que pudiese pasar un ejército cargado de bagajes. Prefiero creer á los que dicen que, en cuanto encontró á los dos días punto á propósito para lanzar un puente, pasó Magón primeramente con la caballería española, libres de todo equipaje.

Mientras Aníbal, deteniéndose en la orilla del río para recibir las legaciones de los galos, hacía pasar la infantería más pesada, Magón y sus jinetes adelantaron una jornada hacia Placencia, donde estaban los romanos. Pocos días después llegó Aníbal, fortificándose á seis millas de la ciudad; y á la mañana siguiente desplegó sus fuerzas delante del enemigo, presentándole batalla.

A la noche siguiente tuvo lugar en el campamento romano una alarma, más tumultuosa que sangrienta, ocasionada por los galos auxiliares: cerca de dos mil infantes y doscientos jinetes de esta nación degollaron á los centinelas de las puertas y pasaron al campamento de Aníbal: éste les habló con benevolencia, y después de animarles con la esperanza de grandes recompensas, les envió á sus respectivas ciudades para que sublevaran á sus conciudadanos. Considerando Escipión aquella matanza como señal de la traición de todos los galos, á quienes enfurecería el contagio del crimen y haría correr á las armas, aunque sufriendo mucho todavía de su herida, partió sin embargo silenciosamente á la cuarta vigilia de la noche siguiente, dirigiéndose hacia el Trevia, y fué á establecer su campamento en alturas inaccesibles á la caballería. Pero no consiguió engañar tanto al enemigo como en el Tesino; y Aníbal, lanzando primeramente á los númidas, y en seguida toda la caballería, hubiese derrotado á la retaguardia, si la avidez de botín no hubiera llevado á los númidas hacia el campamento abandonado. Mientras registraban todos los rincones, perdiendo un tiempo precioso por provechos que no merecían el trabajo, se les escapó de las manos el enemigo; y viendo ya á los romanos al otro lado del Trevia ocupados en trazar su campamento, no consiguieron otra cosa que matar algunos rezagados aquende el río. No pudiendo Escipión soportar

el dolor que le causaba su herida, irritada por la marcha, y creyendo que debía esperar á su colega, sabiendo que le habían llamado de Sicilia, eligió cerca de la orilla el punto que le pareció mejor para acampar y le fortificó con mucho cuidado. Aníbal había acampado á corta distancia; pero tanto como le había alegrado la victoria de su caballería, otro tanto le inquietaba la escasez que estrechaba de día en día á un ejército marchando por país enemigo sin convoyes preparados. Por esta razón envió fuerzas al caserío de Clastidio, donde los romanos habían almacenado considerable cantidad de trigo. La esperanza de una traición suspendió el ataque: por la miserable cantidad de cuatrocientos escudos de oro, el jefe de la guarnición, Darío de Brindis, se vendió entregando la plaza á Aníbal. Este fué el almacén de los cartagineses mientras permanecieron cerca del Trevia. Aníbal no usó rigor alguno con la guarnición prisionera, con objeto de adquirir reputación de clemente desde el principio de su empresa.

Mientras quedaba suspendida la guerra en las orillas del Trevia, alrededor de Sicilia y de las islas inmediatas á Italia, habían ocurrido muchos acontecimientos por mar y tierra bajo la dirección del cónsul Sempronio y también antes de su llegada. De veinte quinqueremes, montadas por mil combatientes, que los cartagineses habían enviado para devastar las costas de Italia, nueve abordaron á Lipari, ocho á la isla de Vulcano y la corriente arrastró tres al estrecho. Habiéndose visto éstas desde Mesina, envió doce naves contra ellas Hierón, rey de Siracusa, que se encontraba accidentalmente en Mesina, esperando al cónsul romano, las tomaron sin resistencia y las trajeron al puerto de esta ciudad. Por los prisioneros se supo que, además de la flota de que formaban parte, y que navegaba hacia Italia, se dirigían á Sicilia treinta y cinco quinqueremes